

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año II.

Miércoles 15 de Octubre de 1862.

Núm. 44.

SEPARACION DE UNA MADRE

DE LA EDUCACION DE SU HIJA.

(Conclusion.)

Entregada la niña á la direccion y cuidados de una instructriz ó aya, llamada en auxilio de la familia para realizar la educacion que la madre mira como una carga pesada ó una tarea poco digna del rango, que por mal aconsejados miramientos sociales la inclina á sacrificar gustosa la naturaleza y el deber en aras de la vanidad y el orgullo, está iniciada la separacion á que nos hemos referido ya: ¡separacion terrible, cuyas consecuencias dejamos apuntadas hasta aquí con muy ligeros toques!

Nada es á nuestros ojos mas trascendental que la situacion en que se coloca á la niña y á la jóven de elevada clase, una vez sometida á la autoridad de una instructriz dentro del hogar doméstico. Si huyendo la familia de los inconvenientes y peligros que pueden surgir al conferir este cargo á una persona en quien no resplandezcan las dotes de inteligencia, moralidad y virtud que requiere, ha conseguido depositar su confianza en una sobradamente apta y digna, debemos suponer en ella una perseverante voluntad para hacer cumplir á su educanda, en todos los actos y momentos de la vida, los deberes que exige la inmediata realizacion de su objeto. Pero como las exigencias de la difícil tarea de educar impongan una inflexible severidad en la ob-

servancia escrupulosa del plan y reglas á que ha de marchar subordinada, fácil es comprender que la madre queda tanto mas excluida de toda participacion, cuanto mas capaz sea la instructriz. De semejante separacion es inmediata consecuencia la suspension de las relaciones de la niña con la familia, al menos en la forma, latitud y objetos que hasta entonces se habian mantenido, pudiendo cuando mas sostenerse limitadas á todos aquellos actos que no afectan directamente la instruccion y prácticas educativas, no sin que intervenga ó vigile al menos la instructriz para observar y corregir lo que no fuere conducente á su cometido. En efecto, la instructriz ó aya es un vigilante director de todos los actos y movimientos de la niña; y ni el padre, ni la madre, ni persona alguna de la familia tienen ya con ella aquella comunicacion espontánea y libre en que, rebosando los afectos de ternura y filial cariño, inspiraban á la niña una ilimitada confianza, y no la dejaban ver sobre aquella persona que descendia hasta ella con su inimitable benevolencia, otra voluntad superior que diese la regla y estableciese la autoridad bajo formas ostensibles y severas. La instructriz enseña; preside á todas las ocupaciones, juegos y entretenimientos; marca la manera como ha de conducirse la niña en la mesa, en casa, en el templo; la prescribe cómo ha de mantener sus relaciones con sus padres, hermanos, demás parientes y familiares, con los superiores y extraños: en una palabra, llevada del mejor deseo del acierto, no hay movimiento ni acto, dia ni instante en

que la ciencia pedagógica no la haga hablar y obrar para daño de aquella á cuya dicha se halla consagrada; porque arrebatarse á una niña de repente la posibilidad de entregarse á su libre alvedrío, es detener los impulsos que obran sobre el desarrollo de su corazón, es contrariar de tal modo su naturaleza, que equivale á convertirla en un autómatas. En efecto: no basta haber concebido y meditado un plan de educación doméstica en el que, observando los principios mas sanos de la ciencia, prevenidas todas las circunstancias por que ha de pasar la alumna, determinados los medios y reglas de ulterior desenvolvimiento, elegidos todos los auxiliares materiales y morales que corresponden á su aplicación mas genuina y exacta, se procure llegar á la educación mas completa y delicada, comprendiendo la instrucción mas ordenada y extensa. Preciso es hacer multitud de cosas que no caben en el sistema ó plan, ni pueden preverse, porque son hijas de un momento dado, y aun en muchos casos son contrarias á sus determinaciones ó reglas. Obrar con arreglo á un plan, es someter la voluntad y la naturaleza á una fuerza extraña á las determinaciones y necesidades del individuo, y esto contraría algunos de los principios mas cardinales de la verdadera educación, é intentar descubrir la fórmula que, deducida de ellos, prevenga todos los hechos, los someta á sus prescripciones, y ocurra á todos sus malos efectos: es pretender un imposible.

De las partes de la educación en que mas cabe sujetar su realización á una fórmula dada, figura en primer término la educación intelectual, ya porque el orden en que aparecen las facultades, y el grado de actividad á que llegan relativamente en los diferentes períodos de la infancia, son mas conocidos y de efectos ostensibles, porque la importancia gradual de los conocimientos en que se hace consistir, es bien determinada. Mas en estas, sin embargo, imposible llevarlo á una observancia rigurosa; porque las exigencias naturales de la diversa condición de cada indi-

viduo obligan á que otros principios mas trascendentales que presiden siempre á los casos extraordinarios y transitorios que puedan ocurrir, obligan imperiosamente á relajar el plan, invertir su orden ó hacerlo enmudecer ante una fuerza superior á que es imprescindible someterse. Pues si esto ocurre en la instrucción ó educación intelectual, ¿qué no sucederá en el orden físico y moral?

En estos la naturaleza, para su espontáneo desarrollo, es el indicador único; y la deducción que sea preciso hacer, ha de estar en armonía con sus necesidades especiales, á las que no es posible faltar sin grave riesgo de una perturbación trascendental. Si á esto se agrega que el aislamiento en que se constituye á la educanda, imposibilita toda otra intervención que no sea la del agente ó agentes encargados de la observancia del mencionado plan, fácil es pronosticar el resultado.

No necesitamos recordar aquí que no hay sistema de educación mas incompleto que el de una aya para la mujer, ó un ayo para el hombre; porque sabido es que la educación pública en sus variadas fases, no cabe dentro de la peculiar esfera que le está trazada, así como tampoco permite á la familiar su fecundo desenvolvimiento.

Suponiendo que se respete y obedezca en todo la indicación de su natural desarrollo; que se cambia á cada paso de medio y fuerza para mantenerlo en un prudente crecimiento; que se avanza y retrocede en la marcha para progresar siempre á favor de una constante observación y previsión ilustrada, nada hay en ella que estimule y fomente sentimientos que dirijan la móvil acción de la niña hacia objetos de los que, unos ha sido violentamente separada hasta cierto punto, y otros que no ha llegado á conocer en toda su extensión.

Bien quisiéramos ir mas adelante en los fundamentos de nuestra contraria opinión á la educación de la mujer por medio de una instructora; pero ya indicamos al principio, y es de todos sabido, que esta es una materia íntimamente ligada con otras de que aun no

hemos podido tratar. Sin embargo, y en tanto que lo hacemos mas adelante para ofrecer una luz clara que guie á la madre en la eleccion del sistema de educacion que conviene, debemos prevenir que la separacion de esta de la educacion de su hija interrumpe, disminuye ó anula los móviles de educacion familiar, é impide los de educacion social hasta el punto de que deja de saborear los placeres de las afecciones maternas, y no la es permitido llegar á gustar las satisfacciones de su comunicacion con las demás niñas. Pedimos, pues, á la muger, en nombre de los altos deberes de la maternidad, que eduque á su hija acumulando en derredor suyo, y bajo su no interrumpida influencia, todos los elementos precisos á la instruccion y enseñanza, que es en lo que la mayoría de las madres no reúne la aptitud necesaria, por falta de la oportuna y especial preparacion para el objeto.

L. R. y P.

EFFECTOS DE LOS ABUSOS DEL LUJO.

(Conclusion.)

En las clases inferiores, la creacion de necesidades ficticias, la sensualidad y el deseo de distinguirse por el adorno y la compostura, acarrean diariamente desórdenes funestos al individuo, á la familia y á la sociedad. Las inevitables consecuencias de estas fatales condiciones son: confusion gerárquica de personas que, por elevarse á un rango al cual no están llamadas, producen perturbaciones, dejando abandonados los puestos en que hubieran debido permanecer; hábitos corruptores de ociosidad, de disipacion y de vagancia, y gastos ruinosos que promueven, como único recurso para soportarlos, el desarrollo de *las industrias* ilícitas. Con el desordenado apetito de satisfacer las necesidades imaginarias, que son las mas temibles por sus pérfidas insinuaciones, y las mas imperiosas

de todas, el criado roba á su amo, el jornalero engaña al suyo, y la mentira, la mala fé, los abusos de confianza, las estafas y las inmoralidades de todo género, hacen lo demás. Infírase lo que será una sociedad en la cual se diseminan, se establezcan y funcionen en gran número esos seres miserables y corrompidos para quienes, menester es decirlo, los mas culpables recursos del vicio y del crimen han llegado á ser horriblemente necesarios.

Si algunos optimistas irreflexivos encuentran exageracion en este cuadro, consulten la estadística criminal con el cuidado que nosotros hemos puesto en este estudio, para saber cuáles son las causas ordinarias y los principales autores de los grandes delitos: entonces reconocerán que, bajo este punto de vista, nuestro bosquejo está todavía muy distante de la realidad.

Sigamos un instante á ese jornalero, que antes era honrado, probo y laborioso, en las principales faces de su degradacion moral y física, bajo la poderosa influencia que combatimos.

Jóven todavía y sin experiencia, escucha pérfidos consejos, y se deja conducir, por ejemplos seductores, á las tabernas y lugares públicos, donde se canta, se baila y se pasa vida alegre: desde entonces surgen las necesidades ficticias del vino, de los licores y del bien parecer, por la calidad de las prendas de vestir; pero en la misma proporcion se pierde el amor al trabajo y los hábitos regulares de orden, economía y buena conducta.

El amo, en vista de tan deplorable extravío, hace observaciones justas y dá prudentes consejos. Estos y aquellas son aceptados con calma, porque todavía no atacan un mal incurable; pero como el mal hace progresos cada dia, los consejos no tardan en ser recibidos con repugnancia y enojo: la insubordinacion por un lado y el descontento por el otro llegan á los extremos; las infidelidades complican esta insoportable situacion, y el culpable trabajador es definitivamente despedido.

Tan malos antecedentes le cierran todas las casas en donde se mantiene severamente el orden, el trabajo asiduo y la moralidad; y en su degradacion progresiva, solo halla acceso en ciertos talleres donde el contacto de obreros de tan mala fama como la suya, lejos de volverle á encaminar por el buen sendero, consuma su completa perdicion.

Sucesivamente expulsado hasta de los establecimientos que parecen *casas de tolerancia* de jornaleros viciados, tiene siempre muchas necesidades, y ni un solo medio de satisfacerlas. En adelante, los oficios de la mas vil degradacion, y el servicio de la insurreccion, del desorden y de la anarquía, serán sus últimos y criminales recursos: ¡lo dejaremos en manos de la justicia, por no seguirle hasta su expiacion!...

Veamos á ese criado cuidadoso, cortés, concienzudo en su trabajo; aseado, pero sencillo en su porte; estimado, bien visto y bien tratado por sus amos; feliz en el presente y contando con un porvenir halagüeño, suponiéndole positivo en sus economías y firme en sus principios de moralidad y de religion. Desgraciadamente, la infraccion de uno de estos principios puede comprometer su porvenir y destruir su felicidad presente para poner en lugar de estos bienes la miseria y la deshonor.

Por una lamentable fatalidad, entra en relaciones con algunos de esos lacayos, serviles y groseros, imitadores de cuantos defectos observan en sus amos, y deslumbrado por el oropel, nuestro cándido jóven encuentra su salario muy corto, su ropa muy mezquina, su posicion muy ínfima, su vida muy esclava y monótona; y sin reflexionar que codicia una vida menos libre y mas bajamente servil, una posicion menos considerada, la degradante librea de la servidumbre, y un aumento de salario caramamente adquirido, se embriaga de ilusiones, juega su presente y vá á perder su porvenir.

En adelante, mas atento á los cuidados de su persona y á las satisfacciones de su vanidad

que al equitativo cumplimiento de sus obligaciones, excita cada dia mas el descontento, se hace insoportable y es despedido. Pero, gracias á la imprevision de sus amos y á la carencia absoluta de legislacion relativa á los criados, se halla en otra condicion mas conforme con sus nuevos gustos; ya lleva librea y recorre sucesivamente los grados de su oficio, sin verdadera adhesion á sus amos. A cada *ascenso* su moralidad parece bajar en razon al aumento de los galones; y en medio de las veladas y de los abusos de todo género, la corrupcion avanza, la salud se quebranta, y la incapacidad para el servicio se manifiesta: su amo, que lo habia tomado ayer como una *cosa* para su uso, lo echa hoy como una cosa sin valor: ¡un hospital se abre para el criado así caido en su carrera de imprevision, sin haber hecho ahorro alguno, y allí recibe los últimos socorros de la caridad pública, revelando su pesar de haber abandonado la via del orden, de la economía y de la consideracion, para seguir la de las ilusiones culpables, la corrupcion, el desprecio y la miseria!....

Contemplemos á esa jóven bien educada en una honrada familia de artesanos; acaba de dejar la tutela de su madre, para trabajar en un oficio poco lucrativo, pero bastante para la satisfaccion de sus razonables deseos y de sus necesidades, hasta hoy poco costosas.

Desde que llega á ser oficiala, se suele reunir con otras mugeres en situacion semejante pero con mas medios, con oficios mas productivos: todas llevan sortijas, todas se adornan con uno ó muchos diges; nuestra jóven observa lo que se diferencia de sus amigas, y su vanidad padece: desde entonces piensa menos en los medios de satisfacer su naciente orgullo que en ponerse igual á las demás.

Mas de una vez, la seduccion, siempre en via de explotar los deseos del lujo, ha hecho criminales tentativas: la jóven, garantida por sus principios, no sucumbirá; pero su trabajo, ya muy penoso, solo basta para lo ne-

cesario, ¿cómo subvenir á lo superfluo? Un solo medio resta: el de prolongar el trabajo por las veladas; este medio responde, y la nueva oficiala llega á tener un dígito, una sortija; y estos adornos, unidos á sus gracias naturales, no han hecho mas que aumentar los peligros de su posicion, porque vé ahora que sus vestidos no están en armonía con su nuevo lujo, y que es indispensable adquirirlos de mas precio: nuevamente tiene valor para resistir y apelar á su primer medio.

Sin embargo, como sus fuerzas no pueden crecer á proporcion de los trabajos necesarios para obtener los objetos de sus vanidosos deseos, la salud se altera, una enfermedad de consuncion se declara; ¡es necesario dejar el trabajo para recibir en la casa paterna los últimos auxilios, á pesar de todos los esfuerzos de los mas tiernos cuidados! ¡Cesa de llorar tu hija, buena madre; reconoce que el orgullo la mata, y que el orgullo hubiera podido deshonorarla!

J. T. L.

LA GIMNÁSTICA

EN LA EDUCACION DE LAS NIÑAS (1).

No basta que la madre aproveche las facilidades que se le presenten para hacer que su hija practique los ejercicios gimnásticos: tan útiles y saludables como son bajo una direccion bien entendida, tan nocivos y funestos serian si no estuviesen indicados por la constitucion fisica y el estado habitual ó pasajero de salud de la niña que haya de ejecutarlos. Hay ejercicios que convienen á todos los temperamentos y á todos los estados de desarrollo fisico; pero los consejos de un médico ilustrado son siempre necesarios en este asunto para guiar á la madre de familia. Consúltele, sométale sus dudas, y despues de oírle, elija ejercicios que por su naturaleza proporcionen á la niña sólidas ventajas, sin arriesgarla á ningun peligro.

Nada queremos anticipar á la indispensable consulta del facultativo; pero podemos decir, que las ni-

ñas adolescentes, para quienes los ejercicios gimnásticos son de un interés especial, parecen dividirse en dos clases: aquellas que son de constitucion débil, que no se desarrollan ó se desarrollan mal, y las que tienen demasiado vigor *aparente*, manifestado por una gordura excesiva y un color vivo, que revelan superabundancia de principios vitales.

Las niñas de la primera de estas dos clases, necesitan una gimnástica que ejercite preferentemente las extremidades superiores, como la mas propia para fortificar los músculos y para prestar elasticidad á los órganos. Las de la otra clase tienen mas necesidad de la gimnástica que ejercita principalmente las extremidades inferiores, porque los sacudimientos á que obliga, y la especie de agitacion en que pone el cuerpo, disminuye la gordura y facilita la circulacion de la sangre.

Muchos son los ejercicios útiles que se pueden emplear; pero nosotros mencionaremos solamente tres, que nos parecen los mas dignos de atencion, á saber: el *salto*, la *pértiga* y la *suspension*.

El ejercicio del *salto* ha de ser para las niñas, como todos cuantos ejecute, decente por su accion y saludable por su resultado. Creemos que se conseguirá este fin acostumbrando gradualmente á la niña á saltar, ya desde una altura á tierra, ya desde tierra á un foso, ya, en fin, á pié juntillas. Todas estas maneras de saltar pueden practicarse con provecho; pero excluiríamos el salto á lo largo, que ocasiona caidas mas ó menos inconvenientes y peligrosas para las niñas.

La *pértiga* ó varilla, que ha de tener un metro, poco mas ó menos, de longitud, se toma con las dos manos por cerca de sus extremidades, y se pone sucesivamente en muchas posiciones, ya verticales, ya horizontales ú oblicuas, en bajo, en alto, por delante, por detrás, con variedad y prontitud.

Este ejercicio es uno de lo mas sencillos y á la vez mas útiles para adquirir flexibilidad y gracia.

Los ejercicios de *suspension*, que consisten principalmente en tomar con ambas manos un palo redondo horizontalmente suspendido, de manera que no toquen los piés en tierra, y en seguir en esta postura imitando con las manos ciertos movimientos de natacion, son los que influyen mas poderosamente en el desarrollo muscular.

Hay otros ejercicios que mencionaríamos tambien, si no requiriesen para su ejecucion aparatos mas difíciles de establecer en una casa de familia: el

(1) Véase la pág. 293.

carácter de los que dejamos indicados, consiste en la sencillez, que nada quita á la eficacia del medio. Por consiguiente, la madre que carezca del recurso de un establecimiento gimnástico, puede á su vista dar á su hija lo que la gimnástica tiene mas apropiado á las necesidades de la edad y de la salud. Toda madre puede acostumbrar á su hija á los ejercicios de salto, de pértiga y de suspension, que constituyen una gimnástica de familia, fácil de establecer.

Es incontestable la utilidad de algunos ejercicios gimnásticos para las niñas de diez á catorce años; pero es necesario que la madre tenga siempre presentes las relaciones que unen estrechamente los progresos de la moralidad y de la inteligencia con los progresos de las fuerzas vitales, por el inmenso interés que esta vida presta á la educacion física.

Debemos decir á las madres y á las maestras lo indispensable que es el llenar dos condiciones para alcanzar resultados satisfactorios en esta parte de la educacion. Estas dos condiciones, imprescindibles tambien en la educacion moral é intelectual, son el método y la perseverancia. Guárdense bien las madres y las maestras de considerar los cuidados físicos como meros accesorios, para no verse desengañadas por crueles errores. Y seria considerarlos como accesorios el que su uso dependiese del capricho: todos los ejercicios corporales, estén ó no bajo el dominio de la gimnástica propiamente dicha, han de estar sometidos á hábitos regulares, cuya no interrumpida direccion, obra de una educadora perseverante, producirá buenos efectos.

T.

LA ADULACION.

Habiendo preguntado á un filósofo cuál de todos los animales era mas temible al hombre, respondió: Entre los salvajes, el calumniador; entre los domésticos, el adulator.

Pero los filósofos no tienen siempre enteramente la razon en sus frases sentenciosas: sin duda que el calumniador es el mas abominable de los hombres; pero respecto al adulator hay una distincion que hacer.

He observado que todo hombre que hace rápidamente su carrera, ya en la corte, ya cerca de los grandes ó de cualquier otro modo, es calificado de intrigante, de *vil adulator*, por la turba desaseada de *filosofistas* envidiosos que se pudren eternamente en su orgullosa miseria.

Prefieren atribuir mas á las corvetas y á la adulacion que al talento, el éxito que ellos mismos hubieran comprado á costa de mil bajezas.

Este es un medio como cualquier otro de negar una superioridad de mérito que los aplasta.

Dejémosles desleir su acre bilis en frases sentenciosas y de efecto, que si se analizan rigurosamente nada significan, y volvamos á la definicion del adulator.

Hay tres especies de adulaciones con sus combinaciones y matices; pero todas van al mismo fin, aunque con intenciones diferentes.

Este fin único es agradar.

Para conseguir agradar, la experiencia ha demostrado, desde la creacion del mundo hasta el dia de hoy, que es preciso ensalzar cuanto sea posible el mérito de la persona á la cual se quiere agradar, y no el nuestro.

Si digo al soberano de un pequeño Estado que es el mas grande príncipe del universo, porque quiero agradarle con una mentira, á fin de obtener un favor, soy un adulator ambicioso: primera seccion, compuesta de los cortesanos roídos por filósofos hambrones.

Si digo á un autor amigo mio, que es el primer poeta del mundo, miento, porque la amistad que le profeso me ciega, ó porque quiero agradarle á toda costa y hacerme querer de él tanto como lo quiero: segunda seccion, compuesta de amigos mas ó menos sinceros.

Si digo á una muger que es hermosa, encantadora, amable y espiritual, miento mas ó menos, porque quiero serle agradable: tercera seccion, compuesta de cumplimenteros.

Pero héme aquí un vil adulator en las tres secciones, «¡el animal doméstico mas temible al hombre!» para servirme de la expresion del filósofo, de ese mismo filósofo, que me dice en otra página: «Mas moscas se cogen con miel que con vinagre. Es necesario engañar á los hombres, si conviene para su felicidad. Toda verdad no es buena para decirla, etc., etc.»

Si por adulacion inspirais en el corazon de un hombre poderoso, de un monarca, pasiones peligrosas para él y para los demás, y esto lo haceis por vuestros intereses; si lo engañais excitando su amor propio para hacerle traicion en seguida; si excitaís su cólera para satisfacer vuestra venganza personal; sí, sereis aduladores viles. Pero mientras que vuestras lisonjas inocentes no perjudiquen á nadie y se traduzcan en cumplimientos mas ó menos verdaderos, yo no veré en esto mas que urbanidad y cortesía.

Citemos un ejemplo de adulacion interesada, de esa contra la cual tanto han declamado los *filosofantes*. Un mercader que habia comprado por sesenta mil duros la famosa perla conocida con el nombre de *Pelegrina*. Felipe IV, al cual fué á presentársela, le preguntó que por qué habia dado tanto dinero por una perla.—«Señor,—

respondió el mercader, —pensé que había en el mundo un rey de España que me la compraría.» Felipe, bien impresionado por esta adulacion delicada, le pagó ochenta mil duros por la perla. ¿Qué mal hay en esto?

Un embajador de España veia por primera vez á una de las reinas mas hermosas que ha tenido la Francia. — «Señor embajador, —le dijo ella, —se dice que la reina de España, vuestra soberana, es la señora mas hermosa que se ha visto.

—Así lo creia yo, señora, antes de entrar aquí.»

En suma: adular á un hombre poderoso para apoderarse de su confianza y abusar de ella, es una cosa abominable.

Toda lisonja que solo tiene por objeto causar placer á cualquiera, es la cosa mas inocente del mundo.

La persona que no pudiera decir ninguna palabra de lisonja, permanecería muda en sociedad.

No rompais narices con el incensario.

La lisonja indirecta es la que mas place á las personas delicadas.

Cuanto mas vanidad tiene una persona, mas fácil es lisonjearla.

Las mugeres gustan mas de la adulacion que los hombres, probablemente porque tienen mas amor propio.

Las lisonjas que un hombre delicado dirige á las mugeres, jamás traspasa los límites del cumplimiento.

DEBERES ENTRE RICOS Y POBRES.

Las consideraciones que el rico debe al pobre están fundadas en los bellos principios de la sana filosofía; pero tienen un origen todavía mas puro y mas sublime en la ley de Aquel que amó y santificó la pobreza y la situó en el camino del cielo. El Evangelio, sin excluir á los ricos de los premios futuros que ofrece á la virtud, donde quiera que se encuentre, designa á los pobres como los mas llamados á gozarlos por sus privaciones, sacrificios y sufrimientos; y mal puede el hombre á quien la fortuna ha favorecido con los tesoros de la tierra, mirar con indiferencia ó menosprecio á aquel á quien están especialmente prometidos los tesoros de una gloria eterna.

Un rico no deberá jamás lamentarse con un pobre, de pérdidas, privaciones ó falta de recursos, cuando á ello no se vea obligado por la necesidad de justificar una negativa, pues el pobre podría interpretar esto como una precaucion contra la exigencia de algun servicio, lo cual seria altamente ofensivo á su carácter y á su amor propio; á menos que entre ambos exista una amistad tan cordial y estrecha que excluya toda sospecha de ese género, y las quejas del uno puedan ser naturalmente recibidas por el otro como un inocente desahogo en el seno de la confianza.

El pobre debe considerar que así como el premio de sus sufrimientos se encuentra en el cielo, así durante su mansion en la tierra, su subsistencia, las comodidades que pueda alcanzar, y el alivio de sus penas, dependen en gran parte, ya directa, ya indirectamente, de las empresas que crea y fomenta el rico, y muchas veces de la generosidad con que este se desprende de una parte de sus rentas para socorrer necesidades. Mirando la riqueza individual como uno de los mas importantes elementos de las artes y de la industria, del progreso material y aun moral de los pueblos, y sobre todo, como el amparo de la indigencia, el pobre deberá honrar y respetar en el rico tan nobles atributos, prodigándole todas las atenciones á que sus virtudes le hagan acreedor. Y cuando el peso de la miseria llegue á oprimirle, lejos de contemplar los ajenos goces con el ojo de la torpe envidia, se someterá con religiosa resignacion á la voluntad divina; pues si la pobreza puede ser una virtud, si ella puede abrirnos las puertas del cielo, no es ciertamente por el solo hecho de vivir condenados á ella, sino por el de aceptarla como la aceptó el Hijo de Dios, amarla como él la amó, y acompañarla de todas las virtudes de que él mismo quiso darnos ejemplo.

C.

RECONOCIMIENTO Y PROBIDAD (1).

(POR MME. DE GENLIS.)

En lo mas interior de la Auvernia, á poca distancia de Clermont, vivia un honrado labrador á quien diversas vicisitudes habian arruinado enteramente, á pesar de su excelente conducta. Era viudo, no se habia casado hasta la edad de cincuenta y dos años, y era ya anciano cuando su único hijo no contaba mas que diez. Este buen hombre, llamado Furey, habitaba una pequeña choza destrozada, trabajaba á jornal, y su módico salario apenas bastaba para su subsistencia y la de Bourguignon su hijo; pero habia conservado una cabra con el exclusivo objeto de alimentar á Bourguignon. El pobre Furey se privaba de todo para subvenir á las necesidades de su hijo; pero al fin su miseria llegó á ser tal, que se vió obligado á enviarlo á París á buscar fortuna: un carretero amigo suyo se encargó de conducirlo *gratis*. Este carretero consoló como mejor pudo al infortunado Furey, diciéndole: «Vuestro niño Bourguignon es listo, inteligente; es robusto, está acostumbrado á trepar por las montañas, y hará cuantos encargos se le encomienden mejor que nadie; lo colocaré en la calle de Saint-Hono-

(1) Esta historia no es de invencion; está consignada en las memorias de la Academia francesa, y ha tenido la mayor publicidad. Se han conservado fielmente los nombres de ambos héroes.

ré, al lado de la casa nueva de los Bernardos; tengo allí conocimientos, entre otros con el portero Chassin, que es joven y muy hombre de bien; os aseguro que se hará amigo de Bourguignon, y que le será muy útil.» Estas promesas dulcificaron algún tanto el dolor de Furey, que dió las mas amorosas bendiciones á su hijo; y este, derramando muchas lágrimas, le prometió volver á los seis meses. Durante el viaje, que fué muy feliz, lloró con frecuencia; pero el carretero cantaba. A pesar de su pesadumbre, Bourguignon no perdía ocasion de hacerse útil: al menor accidente, apresurábase á bajar del carro; con su fuerza, su destreza y su agilidad admiraba al carretero, y acabó por ganarse completamente su afecto.

En fin, llegaron á París; Bourguignon se quedó muy sorprendido al encontrar aquella ciudad mucho mas grande que Clermont. El carretero, consecuente en su promesa, lo presentó, aquel mismo dia, al portero Chassin; este lo recibió perfectamente y le dió muestras inequívocas de benevolencia é interés. Obtuvo el permiso de que pasase ocho noches bajo un cobertizo que habia en el patio; le dió de comer, y desde el dia siguiente habló en su favor á algunos de los inquilinos, inspirándoles deseos de ver á su protegido. A todos agradó mucho la vivacidad y gentileza del muchacho auvernés, y le prometieron preferirle para mandadero, tan luego como conociese algo las calles de París. Pronto adquirió Bourguignon este conocimiento, gracias á los consejos y reseñas de su protector Chassin; y desde entonces tuvo gran número de parroquianos. Sin embargo de su jerga de lenguaje auvernés, se hacia entender perfectamente: era tan diligente, tan exacto y tan fiel, que le preferian á los mandaderos mas experimentados, y le pagaban siempre con una liberalidad particular.

Mientras que Bourguignon prosperaba en París, su pobre padre, en Auvernia, sufría las fatigas del trabajo mas penoso, las angustias de la miseria y los tormentos de las inquietudes paternas. El haber enviado su hijo á París no le habia proporcionado alivio alguno; porque no solamente no queria utilizarse de los trabajos particulares de Bourguignon, sino que habia formado el proyecto de conservar para él algunos ahorros de su propio trabajo. «Tendré al menos, decia, el consuelo de dejarle alguna cosita por herencia.»

Esta idea prestaba grande ánimo á Furey, sin embargo de lo agotadas que estaban sus fuerzas físicas. Una mañana del mes de diciembre regresaba á pié á su choza cuando, sucumbiendo á su cansancio, se vió obligado á sentarse en una piedra. Hallábase al pié de la famosa montaña cuya cima estaba habitada por la respetable familia de los Pinon (1). «¡Ay!—dijo Furey, levantando

los ojos hácia la montaña.—¡Si yo pudiese subir á lo alto, allí hallaría los socorros que necesito; pero será menester quizá que yo muera aquí, tan cerca de los mejores amigos de los pobres viajeros; allí están y no pueden oirme, y no puedo aprovechar su compasion y su caridad!»

Sin embargo, haciendo el desgraciado Furey un esfuerzo, y apoyándose con fuerza en su baston, probó á dar algunos pasos por el escarpado camino de la montaña; pero no pudo continuar, y á no ser por aquel apoyo, hubiera dado una caída peligrosa: entonces, perdida su esperanza, pensó en su hijo, y no pudo contener las lágrimas; pero llamó en su ayuda al que nos oye siempre, invocó á Dios, le pidió que bendijese á su hijo, y resignado con su suerte y confiando en la divina Providencia, cruzó los brazos sobre el pecho, sus ojos se cerraron: ¡se desmayó!...

Algunos minutos despues, uno de los jóvenes Pinon, que regresaba á la montaña en un carruaje, vió al anciano; se aproximó á él, y observando que estaba sin conocimiento, lo subió á su carruaje y continuó su ruta. En el camino recuperó Furey el uso de sus sentidos; la vista de un rostro humano le causó tal alegría, que se reanimó completamente, y al examinar á aquel joven, cuya dulce fisonomía expresaba una tierna compasion, creyó ver un ángel libertador.

Llegado á la casa de los Pinon, le hicieron entrar en la vasta y hermosa cocina que servia de comedor y de sala de reunion á toda la familia. El anciano vió, al entrar, quince ó diez y seis jóvenes, vestidas uniformemente, que llevaban prendidos de la cabeza largos velos blancos, modesto adorno que las distinguía de las mugeres casadas; cada una tenia su rueca y estaba hilando. Sus madres y abuelas, sentadas enfrente de ellas, hilaban tambien, pero en tornillos. Aquella interesante reunion, que presentaba el contraste de la grave experiencia, algo severa con la dulce y tímida inocencia, fué muy grata á los ojos del anciano; las jóvenes se levantaron al verle entrar, y le hicieron tomar asiento junto á la chimenea en el gran *sillon de hospitalidad*; así se llamaba en aquella casa al cómodo y blando asiento que se destinaba al viajero enfermo ó fatigado: cuando no habia ningun forastero en la sala, el sillón permanecia desocupado. Dos de aquellas jóvenes se apresuraron á reanimar el fuego para que se calentase el anciano; otras le prepararon un caldo, mientras que el abuelo, jefe de la familia, daba órdenes para que le preparasen la comida, y para que fuese hospedado durante dos ó tres dias.

la familia. Su piedad y sus costumbres parecian reproducir y realizar todas las tradiciones de la edad de oro. La autora ha visto el establecimiento, y en todo lo que vá á describir relativamente á esta familia, habrá la mas escrupulosa exactitud. Se ignora si, por un feliz olvido, la revolucion ha dejado subsistir en la cima de aquella montaña una felicidad tan pura, como que tenia por bases la religion y la piedad.

(1) Célebre comunidad de ricos y virtuosos labradores propietarios de la montaña y de todos los campos de alrededor, constituyendo una especie de pequeña república, con sus leyes particulares, y cuyo gefe era el padre ó abuelo de

Habia siempre en aquella casa una habitacion separada para un eclesiástico impedido ú octogenario, tio de los dueños de aquella inmensa posesion; porque, desde tiempo inmemorial, por cada generacion, un segundo de familia seguia en el seminario la carrera de sacerdote; y si llegaba á no estar en aptitud de continuar ejerciendo su sagrado ministerio, era recibido con veneracion en aquel apacible asilo. En aquella época habia allí uno de ochenta y seis años de edad; como Furcy se encontró mucho mejor por la tarde, mostró deseos de recibir la bendicion del piadoso y venerable sacerdote. Condujéronle al oratorio donde estaba, y Furcy experimentó una alegría mezclada de esperanza al ver á aquel anciano que tenia veinticuatro años mas que él; pero su alma se llenó de un dulce consuelo cuando hubo oido sus santas exhortaciones y recibió de sus manos un rosario bendito.

Cuando volvió Furcy á la sala, encontró á las jóvenes cantando villancicos (porque era la antevíspera de la gran fiesta de la Natividad); aquellas voces tan frescas y tan melodiosas le causaron tal éxtasis, que á la noche siguiente, durante un tranquilo sueño, creyó siempre estar oyendo los celestiales conciertos de los ángeles.

Fué convenido que Furcy pasaria muchos días en la montaña. Al dia siguiente, por la mañana temprano, rezó en el oratorio, y despues de almorzar, como hacia buen tiempo, lo llevaron al vergel, donde dió un largo paseo. El gefe de la familia volvió con Furcy á la casa, y le hizo sentarse en el *sillon de hospitalidad*. En aquel mismo instante vinieron á anunciar la visita de la marquesa de.... que viajaba con algunas otras personas, y que no queria dejar la Auvernia sin haber visitado la célebre comunidad de los Pinon. Al entrar en la sala, la marquesa se aproximó al fuego para calentarse, y el dueño de la casa, volviéndose hácia aquella, le dijo mostrándole á Furcy: «Señora, no os ofrezco el sitio de preferencia, porque, ya veis, está ocupado por un forastero enfermo.»

Como estaban para servir la comida, fué invitada la marquesa, y aceptó con gusto, así como los amigos que la acompañaban. Sentáronse á la mesa con los buenos labradores; la marquesa admiró su cortesía natural; se habló de las maravillas de la Auvernia, de los volcanes extinguidos que forman profundas cabidades, á las cuales se puede bajar, y en cuyo fondo se suele encontrar algun gran castaño. Se encomió la belleza de la gruta de Royat, con sus numerosas caseadas, cerca de Clermont. No se olvidó el hacer mencion de las fuentes de Poix, y de la que tiene la propiedad de petrificar prontamente las sustancias vegetales y animales que en ella se sumergen, cubriéndolas de un sedimento que adquiere con el tiempo una excesiva dureza. Uno de los jóvenes Pinon hizo un largo elogio de la extension de los bosques y de la belleza de la quinta de Randan.

Terminada la comida, se despidió la marquesa para continuar su viaje, llevando de aquella montaña y de sus habitantes una memoria que el tiempo no ha extinguido; y algunos dias despues, Furcy, colmado de las bondades que habia recibido de aquella benéfica familia, y descansado de sus fatigas, volvió á tomar el camino de su choza.

Mientras que este buen anciano empleaba sus débiles fuerzas en aumentar la suma que destinaba para su hijo, este por su parte, pensando siempre en su padre, trabajaba con ardor infatigable; seguia protegido por los vecinos que habitaban la casa nueva de los Bernardos, y el honrado portero Chassin le profesaba una verdadera amistad, y lo mantenía casi enteramente; todos los encargos de la casa se los pagaban siempre generosamente; el propietario de ella, M. de Villiers, le daba además muchas prendas de vestir, y le habia reservado un pequeño albergue en su propia casa; de manera, que Bourguignon, mantenido, vestido y albergado, podia, sin carecer de nada, ahorrar todo el dinero que ganaba. Al cabo de siete meses se encontró poseedor de algo mas de trescientos francos; hizo los preparativos de su viaje, y partió con alegría para ir á enriquecer y á volver á ver á su padre, á quien encontró en bastante buen estado de salud, pero pobre. Entrególe sus trescientos francos, y Furcy los depositó secretamente en una bolsa que contenia sus antiguos ahorros y que tenia oculta en su jergon. A fines del otoño, Bourguignon partió de nuevo para París, donde halló el mismo asilo, los mismos protectores y no desmintió su carácter: su conducta fué siempre tan pura y su vida tan activa.

Un dia le llamó uno de sus protectores para encargarle que llevase una carta á las Misiones extranjeras al abate Fenelon, el respetable eclesiástico que habia restablecido la antigua institucion de los Savoyardos, á los cuales asoció los niños auverneses y limosinos. Bourguignon entregó la carta al criado del abate Fenelon, que la llevó inmediatamente á su amo; á los pocos minutos el criado volvió para decir al muchacho auvernés, que el señor abate queria hablarle; condújole á su gabinete, y el señor Fenelon le recibió con su bondad natural; le explicó en pocas palabras el objeto de la asociacion de los Savoyardos y de los niños de la Auvernia y del Limosin. «Sé, añadió, que sois juicioso y trabajador, y os admitiré con gusto en esta interesante sociedad: esto será adoptaros en el número de mis hijos.»

Bourguignon, lleno de satisfaccion, expresó su reconocimiento con la ingenuidad y gracia propias de su edad: estaba en el colmo de su alegría. En el momento en que iba á retirarse, le detuvo el buen abate para ponerle en un ojal la honrosa medalla de cobre; quedó en ir todos los domingos á recibir la religion cristiana, que habia de dar una base sólida á sus excelentes cualidades morales.

Bourguignon volvió con presteza á su casa para dar las gracias á sus protectores, que tambien lo habian recomendado al abate Fenelon. Permaneció todavía cuatro ó cinco meses en París, al cabo de los cuales, poseedor de trescientos francos, fué á unirse con su padre; pero esta reunion fué muy triste: el pobre Furcy se hallaba en el estado de salud mas deplorable; sin embargo, recibió con muestras de satisfaccion los trescientos francos que le entregó su hijo. «Hijo mio, le dijo, tú volverás á tener esto despues que yo, porque conozco que me queda muy poco tiempo de vida. — ¡Ay padre mio! exclamó Bourguignon, es necesario ocuparse solamente de vuestra salud y emplear toda esta suma para restablecerla: yo ganaré otras.»

El anciano nada respondió; pero guardó el dinero, proponiéndose no gastar ni un óbolo.

En vano quiso Bourguignon llamar á un médico; Furcy repetia siempre que esto era inútil. A pesar de los mas tiernos cuidados, el anciano decaía notablemente: conociéndolo así él mismo, llamó una mañana á su hijo, y sacando una bolsa de tela que tenia guardada, le dijo: «Toma, querido hijo, aquí tienes mil francos que he reunido para ti: con tu trabajo has ganado la mayor parte de esta suma, que te pertenece entera: aunque no tienes mas que trece años de edad, estoy seguro de que harás buen uso de este dinero, que podrá ser el principio de tu fortuna; recíbelo con las mas amorosas bendiciones de tu padre. — Sí, dijo Bourguignon sollozando, haré buen uso de ella.»

Al pronunciar estas palabras se hincó de rodillas: su padre lo bendijo, imploró para él la proteccion divina, y le recomendó que guardase el dinero en una cómoda vieja muy destrozada, pero que tenia una gaveta con cerradura y llave. Entonces el buen anciano volvió á echarse en su jergon, y mandó á su hijo que fuese inmediatamente á llamar á un sacerdote. Bourguignon, atribulado, corrió á casa del cura, desde donde envió á Clermont un propio, con encargo de traer un médico: dió desde luego á su mensajero seis francos, encargándole que fuese á toda carrera.

Furcy recibió los sacramentos, mientras que su hijo, prosternado al pié del lecho, oraba con el mas tierno fervor. Despues de haber cumplido los deberes de la religion con una piedad edificante, el anciano tuvo todavía tiempo de abrazar á su hijo y estrecharlo contra su corazón. Algunos minutos despues cayó en parálisis, y perdió al mismo tiempo el conocimiento y la palabra. La desolacion de Bourguignon llegó á su colmo; sin embargo, como su padre respiraba todavía, conservó alguna esperanza; suplicó al cura, que se disponia á salir de la choza, que le enviase la mejor enfermera del pueblo, mostrándole los mil francos, toda su fortuna, que estaba decidido á sacrificar para contribuir al restablecimiento de

su padre. El cura, conmovido de tanta piedad filial, le exhortó á perseverar en ella, y le aseguró que Dios se lo recompensaria.

El médico encontró á Furcy en grandísimo peligro. «Quizá se le pueda aliviar, dijo, pero seria necesario prescribirle un tratamiento que costaria muy caro. — No omitais nada, dijo Bourguignon al médico; disponed de todo cuanto poseo.»

En efecto, Bourguignon alquiló una tina de baño, é hizo traer de Clermont los medicamentos prescritos. Gastó con gran voluntad siete ú ocho lises, y como una sola enfermera no bastase, hizo venir una segunda.

Furcy siguió tres meses en el mismo estado; su hijo nada escatimaba por aliviarle; fué necesario comprar lien-zos, servilletas, camisas; pero todo fué supérfluo; el pobre enfermo cayó al fin en la agonía, y espiró en los brazos de su hijo, quien gastó casi todo lo que le quedaba en el entierro y en mandar decir misas por el descanso de su alma.

Cumplidos estos deberes, y pagados todos los gastos, solo quedaron á Bourguignon unos cien francos, pero se consolaba diciendo: «Al menos aquel dinero prolongó algo su vida.»

Decidióse á dejar la Auvernia para siempre, y sin demorar mas partió para París. Allí trabajó, primero sin ambicion y con indolencia; pero el estímulo de sus protectores reanimó su emulacion. El cura de un pueblo tenia un pariente en París, á quien escribia algunas veces, y en una de sus cartas le refirió una parte de lo que Bourguignon habia hecho por su padre. Aquel pariente conocia á M. de Villiers, propietario de la casa de los Bernardos, á quien esta narracion interesó mucho mas, porque Bourguignon no se alabó de su conducta, contentándose con decir que habia tenido la desgracia de perder á su padre. Propusieronse, no recompensar su piedad filial, sino reunirle un poco de dinero, é hicieron en secreto para él una suscripcion, que produjo trescientos sesenta francos, y se los dieron sin explicarle el motivo de esta liberalidad, por temor de renovar su dolor, contentándose con estimularle á trabajar con actividad, lo que hizo por reconocimiento hácia sus protectores.

A medida que Bourguignon adelantaba en edad, el portero Chassin le iba siendo mas y mas útil; dos ó tres personajes muy ricos vinieron sucesivamente á domiciliar-se en la casa; Chassin les recomendó de una manera singular á su jóven amigo, para quien obtuvo de aquellos un servicio particular, que valió mucho dinero á Bourguignon. Como sabia leer y escribir muy bien, se hacia útil de mil maneras, y á los 16 ó 17 años habia doblado sus fondos, y se encontraba poseedor de la suma de mil quinientos francos. Prosiguió su oficio con el mismo éxito y con la misma suerte, sin perder un solo protector, y siempre apoyado por el buen Chassin con celo paternal.

Así llegó á la edad de 38 años, teniendo colocada la cantidad de cuatro mil francos, que hubiera podido ser mucho mas considerable si la caridad cristiana no le hubiese habituado desde la niñez á distribuir con regularidad limosnas á los pobres y á dar de cuando en cuando socorros á sus paisanos desgraciados.

El cielo, queriendo sin duda recompensar una vida laboriosa, enteramente consagrada al trabajo y la virtud, lo llamó á sí de la manera mas inesperada. Un dia, en una de sus carreras, dió una caída y recibió un violento golpe en la cabeza; hizo poco caso de este accidente, y no tomó precaucion alguna: formósele un tumor en la cabeza, y pronto experimentó las consecuencias; en fin, al cabo de cuarenta dias se encontró tan mal, que se hizo conducir al Hospicio de la Caridad, donde le declararon que no habia esperanza de salvarle; entonces, despues de haber cumplido todos los deberes religiosos, hizo llamar á un escribano, y le dictó un testamento, en el cual, declarando que no tenia hermano, ni hermana, ni pariente cercano, ni aun lejano que él conociese, disponia de la cantidad de cuatro mil francos de la manera siguiente: quinientos francos para el Hospicio de la Caridad; cuatrocientos francos para los pobres; cien francos para misas, y tres mil francos para su bienhechor y amigo Chassin, portero de la casa de los Bernardos.

Pocas horas despues de haber otorgado y firmado su testamento, recibió la visita de Chassin, que ni siquiera habia sospechado la disposicion testamentaria, y que desde que cayó enfermo iba á verle regularmente todos los dias. Chassin se asombró de verle tan débil; júzguese de su dolor al saber que estaba desahuciado. En efecto, Bourguignon, rodeado de todos los consuelos de la religion y de la amistad, y fortificado por virtuosos recuerdos, espiró dulcemente en la noche de aquel mismo dia.

Grande fué la sorpresa de Chassin cuando le llevaron el testamento de su amigo y los tres mil francos que le habia legado. Despues de una corta reflexion, dijo: «Nó, no me quedaré con este dinero; mi amigo tenia doce años cuando dejó la Auvernia, y es muy posible que tuviese en su país, sin saberlo, algun pariente en la indigencia; de lo cual debo informarme.» Fijo en esta idea, Chassin escribió inmediatamente á la Auvernia, pidiendo sobre este asunto los informes mas detallados.

Sus indagaciones no fueron infructuosas; descubrióse al cabo de algunos meses que existia cerca de Thiers un pariente, en verdad muy lejano, de Bourguignon, que se llamaba tambien Furcy, y que, padre de siete hijos, estaba en la mayor pobreza. El virtuoso Chassin no demoró el remitirle los tres mil francos á aquel hombre. No se vanaglorió de esta accion; pero como se habia valido de muchas personas para las investigaciones que habia hecho en la Auvernia, su generoso proceder fué sabido generalmente en la casa. El amo de Chassin, Mr. de Villiers, se

conmovió vivamente al saberlo; y al mostrar á Chassin su admiracion, este le respondió que no tenia mérito alguno lo que habia hecho; que *aquel dinero le hubiera atormentado*; y por otra parte, ninguna necesidad tenia de semejante suma, teniendo un amo tan bueno que no le permitia carecer de nada, y que seguramente no lo abandonaria en la ancianidad. Mr. de Villiers refirió esta historia á muchas personas, entre otras á M. de Marmoutel, que vivia en la misma casa (1).

Hacia poco tiempo que se habia fundado en la Academia francesa un premio para recompensar la accion mas virtuosa hecha en todo el curso del año: el premio consistia en una medalla de oro de 1,200 francos. M. de Marmoutel, reconociendo con razon que Chassin la merecia, propuso á la Academia que se le adjudicase, y fué acordado así.

Chassin se quedó sorprendido cuando una mañana vió entrar en su habitacion algunos comisionados de la Academia francesa, entre los cuales se hallaba M. de Marmoutel; anunciáronle que le traian en nombre de la Academia la medalla de oro como homenaje debido á su virtud. Chassin, no comprendiendo este homenaje, pidió explicaciones, y entonces, sorprendido mas y mas, dijo: «Señores, os estoy muy obligado; pero en verdad no merezco semejante recompensa, pues no he obrado así sino por mi tranquilidad.»

La sublime sencillez de esta respuesta acabó de probar cuán acreedor era Chassin al honor que se le hacia.

Este hecho tuvo el mayor eco; cada cual queria ver á Chassin, y hasta las principales señoras de la corte fueron á visitarle. Se hizo su retrato y se colocó en una de las salas de la Academia.

La Providencia recompensó verdaderamente á Chassin: aquella gloria humana no lo embriagó; encontró el premio de su virtud en el afecto de su excelente amo M. de Villiers. A la edad de sesenta y tantos años Chassin se quedó ciego; M. de Villiers lo hizo conducir á una de sus haciendas y le puso un criado; allí vivió Chassin hasta los 84 años, siendo constantemente objeto de los mas cariñosos cuidados, siempre amado y honrado, y su vejez, hasta el fin de sus dias, fué completamente feliz (2).

GOBIERNO DE LOS CRIADOS.

Una de las reglas principales que conviene imponerse en el gobierno doméstico, es la de no tolerar á los criados

(1) Así como el abate Morellet.

(2) Estos pormenores son de la mayor exactitud; la autora los obtuvo de una persona respetable (hermana política de M. de Villiers), que quiso comunicárselos por medio de una nota llena de interés, á la cual se deben los rasgos mas interesantes de esta narracion.

ningun acto contrario á la probidad y á las buenas costumbres. No es raro encontrar sirvientes muy hábiles para hacerse perdonar su corrupcion, en gracia á sus cualidades agradables ó á la sagacidad con que saben lisonjear los caprichos de sus amos. Algunos saben manejarse de manera que siempre se tenga cierta disposicion á no mirar sus faltas y á traspasar con este espíritu los límites de una razonable indulgencia.

Una señora de su casa no debe perder de vista que obrando así se desentenderia de los mas importantes deberes sociales. Los gefes de familia son responsable de la autoridad que ejercen sobre sus inferiores, y deben tener siempre presente que del buen ejercicio de esta autoridad depende el bienestar de la sociedad entera. En efecto, ¿qué es la sociedad sino una reunion de familias que se proponen alcanzar el mismo fin y vivir bajo las mismas leyes? Si cada una de estas familias guarda en su seno todas las tradiciones conservadoras del orden y de la moral, la tarea de los gobiernos quedará muy simplificada, y la reforma de las costumbres se operará por si misma, sin inquietudes y perturbaciones. Declámase, muy elocuentemente sin duda, sobre la corrupcion del siglo, sobre los sufrimientos de las clases pobres, sobre la falta de armonía entre las diferentes fracciones de la sociedad; pero nadie se cuida de atacar el mal donde existe principalmente; es decir, se olvida la familia, realidad animada y manejable, por ocuparse en abstracciones que se desvanecen á medida que se está mas cerca de ellas. Esta manera de obrar se comprende muy bien: nada mas fácil que declararse, en general, partidario de las reformas sociales; esto á nada obliga, no molesta en nada, ni impone sacrificio alguno: esperando que la sociedad se corrija, no se cree necesario ocuparse en los mejoramientos positivos que nuestros deberes nos imponen.

Donde cada cual deberia desde luego reconcentrar sus esfuerzos, para realizar las buenas intenciones que tanto se vociferan, es en el círculo de la familia. Así se obraría, si se tuviese un verdadero deseo del bien y una idea concreta del progreso moral; pero jamás se han suscitado tantas cuestiones de reformas como en nuestra época, y jamás se ha tenido mas antipatía hácia aquellas que la necesidad reclama con mas urgencia, pero que exigirían constante celo y energía.

La energía es quizá la cualidad de que mas carecen muchas señoras que comprenden mejor que las demás la necesidad de salvar la sociedad salvando la familia. La naturaleza de las mugeres las aconseja proceder en todo por medio de la insinuacion y la dulzura; medios excelentes, sin duda, pero del todo insuficientes en ciertos casos y con ciertos caracteres. «Si quereis paz, preparaos á la guerra.» Tal debe ser la máxima de todo gobierno: una persona que solo tiene dulzura, y que carece de energía, es incapaz de dirigir una casa.

La debilidad es uno de los defectos mas difíciles de disimular, y algunos criados la explotan con singular habilidad: cuando no pueden hacer su negocio con la lisonja, imponen por el terror sus caprichos y deseos; sin embargo, se guardan muy bien de manifestar al principio todas las exigencias que ellos se proponen hacer aceptar, y habitan al yugo las cabezas á las cuales quieren doblegar, cual hábiles ginetes que cada dia exigen á su corcel un nuevo acto de docilidad. En fin, llega un momento en que consiguen ser los verdaderos amos de la casa, y todo se inclina ante esta autoridad usurpada, todos la reconocen murmurando, todos gimen de verse obligados á sufrirla; hasta los amos, cuya extraña debilidad le ha dado nacimiento. No es difícil comprender que una casa en que pasan tales abusos está entregada á las leyes del capricho y á las agitaciones de la anarquía. Un poder cuyo derecho es tan disputable, levanta continuamente resistencias y recriminaciones: los niños de la casa ven con repugnancia el envilecimiento de los gefes naturales de la familia, y los criados no obedecen á sus iguales sino con repugnancia visible. Preciso es, pues, precaverse mucho contra las consecuencias de la debilidad, y para evitarlas mas seguramente, no tolerar á los criados el menor acto que tenga visos de predominio. Esto es difícil, porque la naturaleza humana no tiene inclinacion á la dependencia, emplea todos los medios para evadirla, y exige, por este lado, una vigilancia infatigable; pero esta vigilancia ¿no es una parte esencial de las obligaciones de la señora de la casa?

Otras madres de familia caen en un inconveniente opuesto: se creen obligadas á ejecutar incesantemente actos de autoridad, y se figurarian haber perdido su tiempo si á cada momento no hubiesen atormentado á sus criados, impuesto á este una contrariedad inútil, ó dicho al otro algunas palabras picantes. Estas señoras toman por energía este espíritu enredador, y se inflan de *autoridad haciéndose insoportables*: para ellas todas las faltas son iguales; una doncella que haya ajado una cinta es tan culpable como un ladron. No tenemos necesidad de decir lo que pensamos de semejante manera de gobernar. Toda muger dotada de un tacto algo delicado sabrá preservarse de las exageraciones; se guardará de tratar como crímenes las ligeras infracciones ó las flaquezas perdonables de las cuales no están libres las criaturas de mejor índole, y procurará gobernar conciliando la dulzura con la energía, pues esta última no la impedirá conservar en sus hábitos de mando la urbanidad y cortesía que en ninguna circunstancia debe olvidar una persona bien educada.

Cada cual hace mas ó menos esfuerzos para que sus defectos y caprichos no aparezcan á los ojos del mundo. Para disimularlos, se suele emplear mucha sutileza y perseverancia, y hasta no enfada afectar cualidades que

no se tienen, y gozar una reputacion superior á los merecimientos; pero muchas personas creen poder mostrarse en su casa casi tales como son, y no tomar respecto á sus criados ninguna especie de precauciones. ¿No deberían reflexionar que este exceso de franqueza compromete singularmente el ejercicio y las prerogativas de la autoridad? Ostentando defectos y algunas veces vicios, ¿se podrá conquistar la obediencia y el respeto? Olvidase con harta facilidad que es indispensable rodear de prestigio al poder, y que para aceptarlo sin repugnancia, necesitan los hombres conservar muchas ilusiones. El no respetar estas ilusiones, ó hacer lo que pueda desvanecerlas, es obrar con gran ligereza. Por otra parte, nunca hay razon para estar orgulloso de sus defectos, y no vemos por qué se haya de hacer ostentacion de ellos á los ojos de los criados; mas juicioso seria avergonzarse, y trabajar por corregirse.

Pero entre los defectos que puede tener una señora de su casa, hay algunos sobre los cuales insistiremos particularmente, porque nos parecen mas directamente opuestos al fin que aquella debe proponerse alcanzar; queremos hablar de la cólera, del capricho, de la parcialidad y de la ingratitud, que serán el asunto de otros artículos.

T.

MARTINA.

(Continuacion.)

Martina, además de su gran talento, era una excelente profesora de piano, y se decidió á dar lecciones, prometiéndole la marquesa facilitarla discípulos entre sus conocimientos.

Al siguiente dia de aquel en que acordaron semejante resolucion, ya fué llamada por dos familias para enseñar los rudimentos de la música y piano á dos niños. ¡Qué paciencia y qué abnegacion de sí misma fué precisa á la pobre Martina!

—¡Dios me ayudará!... se decia á sí misma; y entró resuelta á cumplir con todos los deberes que la imponia la vida que se habia trazado.

Y Dios la ayudo en efecto, porque no solo consiguió en poco tiempo un número bastante crecido de discípulos que le daba un resultado satisfactorio, sino que en la vida laboriosa que habia emprendido hallaba consuelos que sostenian su alegría y su salud, compañeras inseparables de la dicha en este mundo.

Se levantaba al amanecer y hacia ó ayudaba á hacer los cortos oficios de la casa, porque lo que ganaba no le permitia aun pagar una criada para esto y que acompañara constantemente á su padre. Marta, á quien daba un

corto salario, no sabia nada y era preciso enseñárselo todo y que lo viera hacer para aprenderlo.

Luego que desempeñaba estos quehaceres, preparaba el succulento chocolate del conde, el parco desayuno que ellas tomaban, y se hacia su modesta toilette, de una naturalidad inimitable, verdadero lujo de los pobres, y salia á dar sus lecciones durante el dia, corriendo de una parte á otra, donde su deber la llamaba. Despues, á eso de las cinco, volvía á su casa, y quitándose el vestido de calle se entregaba á los cuidados domésticos: preparaba la mesa, comía con apetito y alegría refiriendo á su padre, que muchas veces parecia no comprenderla, los diversos incidentes de sus tareas diarias. Luego que concluía la comida cantaba alguna romanza, y entregada á la música buscaba los recuerdos del pasado, que muchas veces atraian las lágrimas á sus ojos y las derramaba dando gracias á Dios por la proteccion que la dispensaba, al propio tiempo que le pedia la curacion de su padre. Estos pensamientos eran los que despues ocupaban exclusivamente la imaginacion de esta jóven, hasta que se apoderaba de ella el sueño bienhechor que Dios concede á los niños y casi siempre á los justos.

Un dia Martina entraba á su hora habitual con la sonrisa en los lábios y la alegría en el corazon, porque venia de dar leccion á dos nuevos discípulos, cuando la expansion de su contento se trasformó, si no en glacial, comprimida al menos por la presencia de dos extranjeros que encontró instalados cerca de su padre: ¡y una visita era tan rara en aquella pobre morada, que no pudo menos de causarla cierta vaga inquietud, porque le parecia un presentimiento de desgracias para quien sufre y para quien teme!

Al verla, los dos extranjeros se levantaron con prontitud, y el uno, saludándola con todo el respeto que le inspiraba, la manifestó que era el médico que venia á ayudarla en sus cuidados para con su padre: en tanto el otro ocultaba el rostro con el pañuelo, procuraba disimular todo cuanto podia tras el doctor que, felizmente para él, absorbía enteramente la curiosidad y el interés de la hija, que le respondió con los ojos arrasados en lágrimas de reconocimiento y de dolor:

—¡Ay, señor! ¡la enfermedad de mi pobre padre está en el corazon, y yo creo que solo Dios y el tiempo pueden curar sus crueles dolores!

—Lejos de mí, señorita, la intencion de pretender arrancar la fé que reina en vuestra alma, porque yo creo como vos que Dios solo es la fuente de todo bien, pero tambien Dios quiere que se le ayude; y mis cuidados, yo lo espero, podrán iniciar un notable cambio en la posicion de vuestro querido é interesante enfermo.

Al oir estas palabras consoladoras, en los ojos de Martina brilló una alegría celestial; dejaron brotar sus lágrimas, y la pobre niña, cubierta de palidez y con las

facciones alteradas, murmuró tristemente estas palabras:

—¡Ay, señor! somos muy pobres para que nos sea posible aceptar vuestros cuidados y recompensaros.

—¡Oh, señorita! exclamó el doctor, mi tiempo, mis cuidados y mi talento, están á vuestro servicio....

Martina le interrumpió con resolucion:

—Ya os he dicho, señor, que estamos pobres, y he debido añadir que somos personas de dignidad, y que jamás....

El doctor la interrumpió con prontitud:

—Me he explicado mal, puesto que así habeis comprendido mis palabras, hablando con noble franqueza, porque si yo vengo á ofrecer mis cuidados al señor conde, no es una generosidad que ejerzo, sino una deuda que pago: vuestro señor padre me ha obligado hace ya algunos años, y si no he llegado á un rango elevado en la ciencia, tengo al menos una reputacion respetable, y á él es á quien lo debo: dejadme emplear esta ciencia en su servicio, y si despues de restituirle lo que le debo, es decir, la vida del alma, mil veces mas preciosa que la del cuerpo....

Un doloroso suspiro sirvió como de eco á sus palabras. Martina se estremeció y miró á su padre con inquietud, pero la figura impassible del conde la manifestó que no era él quien sufría.

—Es mi amigo quien suspira, señorita, le dijo con interés el doctor, está enfermo tambien, y la menor cosa afecta á sus nervios; permitidnos que nos separemos los dos: mañana vendré, si me lo tolerais, y os hablaré con toda confianza: ¡en tanto esperad!...

Esta palabra fué acogida por la jóven como un inmenso beneficio: entonces, para recordar mejor, para comprenderlo, y para explicárselo todo, cayó de rodillas, y alzando sus ojos al cielo humedecidos con dulces lágrimas, dijo:

—Dios mio, yo quiero lo que vos querais, y me someto á vuestros poderosos decretos sin murmurar; pero si os dignais tender sobre mí una mirada misericordiosa, volvedme el corazon, el alma de mi padre, y todos los dias de mi vida se emplearán en bendeciros: ¡oh, buen Dios, tened piedad de vuestra humilde criatura!...

Terminada esta plegaria se arrojó al cuello de su padre, le cubrió de besos y de lágrimas, pero lágrimas de alegría, porque comprendía y sentía que habia sido escuchada....

En efecto, al cabo de algunos dias experimentó un alivio conocido en la posicion de su querido enfermo: solamente ocurrían acontecimientos extraños á la casa, acontecimientos que preocupaban tan fuertemente á la pobre Martina, que la contenían las manifestaciones de alegría.

Un dia, durante su ausencia, llevaron un cajon de botellas de añejo vino de Bordeaux, frutas excelentes y

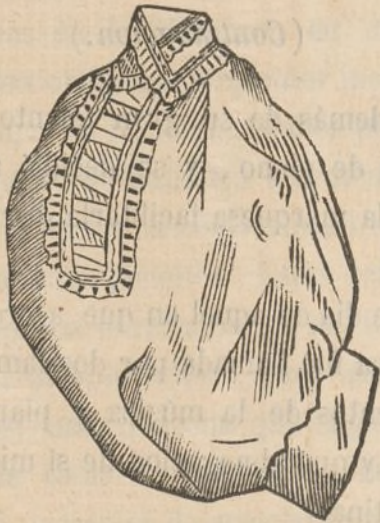
rico chocolate en una primorosa cesta, sin decir quién enviaba estas provisiones para un hombre debilitado por el sufrimiento.

Al dia siguiente llevaron otras provisiones y ropas; y al otro, en fin, un clérigo, antiguo conocido de su padre, se presentó en la habitacion á la hora en que estaba la hija para entregarla, de parte de un señor, una considerable suma que un deudor del conde le restituía en un acceso de delicadeza. Pero Martina le preguntó en vano sobre esta restitucion; porque él le contestó que no sabia mas que lo que habia dicho: se debía, y se pagaba: él llevaba el dinero y le era preciso entregario, y un recibo era de todo lo que tenia necesidad en el asunto.

Ved á nuestra interesante jóven mas tranquila, pecuniariamente hablando, pero mas vivamente preocupada con los extraños acontecimientos que tenían lugar al través de su vida, hasta aquí tan tranquila en su trabajo diario. Por esto no dejó de ser tan dulce, tan sufrida siempre con los niños á quien enseñaba; siempre alegre y solícita con su padre, siempre buena é indulgente hácia la sirvienta que ella habia formado, y sola sufría la inquietud, y, preciso es decirlo, con suma curiosidad, porque todo lo que pasaba la confundía mas y mas.

¿Pero á quién confiar?... ¿á quién consultar?... ¿á la marquesa?

Dibujos.



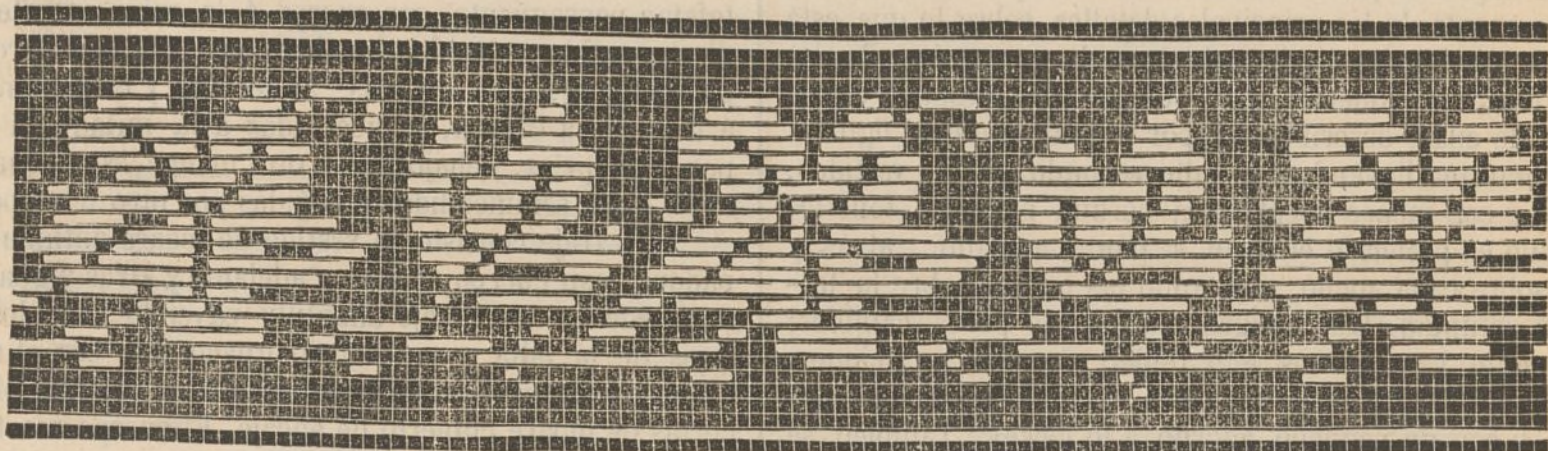
Los dibujos que damos á nuestras suscriptoras son de numerosas aplicaciones, porque se destinan para cubierta de mesa de noche, de canapé, de sillón, etc. Esta labor se ejecuta á crochet ó malla, y vá guarnecida con encaje, para lo que sirve el segundo dibujo.

El dibujo de manga representa un modelo ó bullon hecho de muselina, adornado con bordados y encaje. Lleva un bullonado que parte del puño y se remonta por el exterior hasta el codo, guarnecido con un encaje.

ALIVIO EN LA COSTURA.

Algunos artes y oficios se vienen aprovechando con ventajas positivas de ciertos inventos que no solo han simplificado el trabajo y mejorado determinadas condiciones de sus productos, sino que han traído un ahorro de tiem-

Pues del mismo modo serian incalculables las ventajas de que las familias contasen con estos aparatos para el mayor número de labores de costura que ocurren en las necesidades ordinarias, á fin de que las mugeres que hoy suplen su falta con una constante laboriosidad, pudieran dedicar la mayor parte del tiempo á otras atenciones y



po extraordinario. Pero no es en esto solo en lo que están llamados á rendir una utilidad positiva, una vez puestos en juego, generalizados y difundidos los aparatos ó máquinas cuya maravillosa combinacion ha sido debida al genio investigador de ilustrados industriales. La familia, en muchos usos constantes de la vida, en las tareas mas

frecuentes de la muger dentro del hogar doméstico, puede á su vez alcanzar inmensas ventajas, reemplazando los procedimientos antiguos, lentos é incómodos en muchos casos, con el uso de máquinas modernas, de cuyos satisfactorios resultados á nadie es dado dudar. En su consecuencia, no podemos menos de llamar la atencion de nuestras lectoras hácia las máquinas de costura que con tan buen éxito se han aplicado y aplican por la industria para la confeccion de multitud de ar-



tículos que el comercio recibia elaborados por mano de la muger. Todo el mundo admira la sencillez, igualdad, firmeza y prontitud del cosido á máquina, y ya nadie duda de lo preferible que es comprar multitud de objetos por este medio elaborados, á tener que esperar que de manos de una muger habilidosa resultaran concluidos.

trabajos. Hacemos esta recomendacion, no tanto porque hemos visto muchas veces empleadas las máquinas para la costura y el picado por todas las industrias, sino porque hoy en el extranjero se van introduciendo para el uso de las familias, obteniendo siempre satisfactorios resultados. Las máquinas de costura de M. W. P. Tho-

mas son las mas á propósito para este objeto, á favor de sus últimas modificaciones. La sencillez de su mecanismo, la excelencia del trabajo, y la facilidad con que se adaptan para toda especie de labores, son las condiciones características de estos aparatos, que hace tantos años se conocen, hasta que se han hecho dignas de la preferencia por parte de los industriales, de las costureras, y aun de las familias. El picado hecho por estas máquinas une las dos orillas de la tela, y

su solidez, duracion y elegancia no admiten igual: sobrepaja á todo lo cosido á la mano. No vacilamos, pues, en recomendar á todas las familias la adquisicion de una de estas máquinas, en la seguridad de que muy pronto se persuadirá la muger del imponderable alivio que con ella tiene en las tareas domésticas mas enojosas. — S. L.

MODAS.

Estamos en la época del año en que las modas ofrecen el mayor interés: sobre los frescos recuerdos de las galas del verano, y entre la novedad de las encantadoras creaciones del otoño, se anuncian las modas de invierno en una variedad considerable, para que el buen gusto halle cumplidas satisfacciones. Empezaremos, pues, á dar cuenta de los principales detalles sobre lo que está ya definitivamente adoptado para la confeccion de las mas elegantes toilettes, y nos ocuparemos despues de alguna de ellas, describiendo, por último, nuestro figurin.

Continúa llevándose el talle redondo en los vestidos, aunque con menos aceptacion; porque para las toilettes de lujo es preferido el corte á punta adelante, atrás y aun sobre cada ancho, montando las puntas sobre la falda, á voluntad. Las mangas han sufrido pocos cambios; solamente los adornos han tenido algunas variaciones: las que estarán mas en boga son lisas abajo, anchas arriba, y con un pequeño adorno á lo jockey. Tambien se llevan de codo, un poco anchas y abiertas, con todo género de adornos á los lados.

Ningun otro detalle general de forma y combinacion merece notarse especialmente; porque todos los demás varían segun el gusto y la edad, para que puedan tener entrada en los trajes de todas las estaciones esa inmensa riqueza de encajes, pasamanería, terciopelo, etc., á que se acude para adorno y complemento de una elegante toilette.

Los abrigos se dividen en dos categorías, á cual mas favorecidas por la elegancia y distincion con que realzan la belleza: unas y otras pueden ser de terciopelo seda negro ó terciopelo lana de colores subidos; sus proporciones semilargas, de una composicion ó corte sencillo, que descienden, cuando mas, hasta el bajo de la falda, adornados con mucha riqueza y gusto por delante y con anchas tiras de blonda negra en las costuras, algunos lindos botones y rica cordonería en lo alto para cerrar la ornamentacion. El terciopelo lana violeta, marron ó azul imperial son de menos lujo, aunque de mas efecto para vestir; y su forma, algo menos larga en los abrigos, entra, sin embargo, entre las de gran toilette. Estos llevan por delante guarnecido de pasamanería, que, además de cerrar en lo alto del pecho por grandes cordones, tambien cubren la union de la manga en el hombro. Tambien se llevan estos abrigos sin mangas, forrados y recogidos en el brazo. Una modificacion de gracioso efecto se advierte en esta prenda cuando es de terciopelo lana de los colores indicados, especialmente marron, pensamiento ú otro análogo, que consiste en la forma de estola, abierta por detrás y sujeta por pasamanería y cordones, guarnecida tambien con botones.

La segunda categoría la forman los llamados paletots de terciopelo lana ó paños, semilargos, con mangas á lo Luis XVI, con grandes vueltas: van guarnecidas de tafetan labrado del mismo color, y algunos botones para cerrar.

Los modelos de sombreros son de una gracia incomparable, y entre ellos debe llamar mucho la atencion uno de tafetan rosa con copa y fondo movable de terciopelo salpicado de rosas. El borde del ala es de tafetan con cuerda ligeramente cogida, para dejar pasar una segunda tira de terciopelo labrado rosa. El resto del guarnecido es un cogido de encaje negro con pequeñas rosas: por el interior, debajo del ala, llevan cintas rosa y algunas ligeras rosas, y juegos de blonda blanca adornada con terciopelos negros y cintas del mismo color.

Otros muchos pudiéramos describir, pero no lo hacemos hoy, porque en los artículos sucesivos lo haremos, dando á conocer las modificaciones que introduzca el gusto.

Los tocados forman un adorno aparte, en que brillan cintas de tafetan negro, coronas de flores, encajes, plumas, frutas y granos de fantasia, todo combinado con el mayor gusto.

Entre los trajes de mas rigor, designaremos uno de tafetan pensamiento, con cuerpo á la suiza, escote cuadrado cogido sobre los hombros por un lazo terciopelo pensamiento. Las mangas, ahuecadas y caidas imitando á las de una camisa, semicerradas á la mitad del brazo por terciopelos: debajo llevan otra manga, corte cuadrado en el bajo, semihendidas y cogidas por otro terciopelo.

Otro traje consiste en vestido de moaré antique Pompadour, con cuerpo en punta adelante y atrás y guarnecido alrededor con encaje Chantilly cayendo sobre los pliegues de la falta y en el bajo guarnecido con el mismo encaje, cubriendo un volante parecido al vestido. Mangas cortas de moaré cubierto de encaje. El cuerpo escotado.

Otro de la misma tela gris con cuerpo semiescotado atrás y abierto adelante. Alrededor del cuello lleva pouffs de encaje y terciopelo cereza con pasamanería. Las mangas á codo, semiajustadas en el bajo, abiertas, abotonadas y con cogidos de terciopelo y encaje: en lo alto los mismos cogidos imitando jockey.

DESCRIPCION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Este traje, muy á propósito para gran soiré, consiste en un vestido de tafetan blanco, guarnecido en el bajo por cinco órdenes de dobles rizados en tafetan dorado: el primero lleva á la cabeza un encaje de Chantilly negro; el segundo un gran bullonado de tul ilusion; el tercero un encaje; el cuarto un bullonado, y así sucesivamente; los encajes son de tres anchos diferentes. El cuerpo es á punta, adornado, lo mismo que la falda, é igualmente la manga, con un gran ramo de flores color de coral en el centro del pecho. Brazaletes de coral: guirnalda y tocado de flores iguales á las del pecho.

Segunda figura. Vestido de tafetan malva, adornado en el bajo de la falda por tres pequeños volantes encañonados de tarlatana, á los cuales se sobrepone un rizado de tafetan cortado. Cuerpo escotado en cuadro, guarnecido con un rizado en tafetan del mismo color, y un volante bien encañonado. Mangas formadas por dos volantes, á los que se sobrepone un rizado. Tocado adornado por dos ramos de violetas dobles.

Tercera figura. Falda de tarlatana rosa, sobre tafetan del mismo color. La segunda falda bullonada hasta la rodilla. Cada bullon separado por un cordon de margaritas. Cuerpo suizo, en terciopelo negro, cogido por tirantes de encaje Chantilly. Camiseta de tarlatana blanca á pliegues, guarnecida por un entredos de encaje con viso de terciopelo al interior. Tocado de margaritas y yerbas.

Cuarta figura. Vestido tarlatana azul celeste, recogido por un tuffe al lado con campanillas, guarnecido en el bajo de la falda por una greca de tafetan rizado, que sirve de cabeza á un gran volante de tarlatana que sigue los contornos de la greca. Cuerpo á punta, adornado con guarniciones de tarlatana. Mangas cortas, compuestas de un volante de tarlatana con un rizado de tafetan. Tocado de campanillas blancas.

EMILIA R. Y R.